

PROFESOR BERNARDO DONOSO RIVEROS  
DECANO FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRATIVAS.  
ESCUELA DE INGENIERÍA COMERCIAL

Amigos todos los que participamos en ésta, que podríamos señalar como única y especial instancia del sistema universitario chileno, en que sucede algo como lo que podemos compartir aquí.

Quiero leer un escrito muy breve y sencillo, con la mirada puesta en mi país, en nuestro país, teniendo la sensibilidad al leerla, para asumir que nuestro entorno directo e inmediato es Chile.

Estos muros que parecen tan firmes son traspasados por nuestro entorno, porque nuestra Universidad está en Chile y está en el mundo, como lo escuchábamos recién, ella está también en las Olimpiadas.

Los edificios que vemos al mirar por nuestra ventana se sostienen en un principio que les dio origen y eso lo llamamos una fundación. Ella normalmente no es visible a nuestros ojos pues la fundación esta bajo la superficie. Sin embargo cuesta concebir un edificio sin sólidas fundaciones. Lo sabemos bien nosotros porque pertenecemos a un país que tiene movimientos telúricos que pueden destruir las obras que no siguen los principios indicados. Sobre una buena fundación puede construirse en gran altura, en la medida en que el resto de la obra es coherente con su base. Las profesiones involucradas, las experiencias generan acuerdos y regulaciones; más aún, las recomendaciones que se tienen que seguir en el futuro.

Y así como los edificios parece que es la sociedad. Ella se desarrolla hasta las alturas afirmada en sus fundaciones, que aparentemente invisibles le dan soporte para avanzar y para hacer su camino ¿Y cuáles son algunos de los principios de sustento de la obra de la sociedad a la que pertenecemos?. Parece simple, las virtudes humanas forman parte de la mezcla en el sentido más cercano a la construcción, que resiste los embates de las fuerzas demoledoras; los buenos maestros en construcción de sociedades nos recuerdan que siempre algunas de ellas, como por ejemplo, la simple cortesía, la prudencia, la temperancia, la justicia, la generosidad, la gratitud, la humildad, la tolerancia, son las que nos ayudan a armar la buena mezcla. En esta Casa debiéramos decir, que el cultivo de la fe, de la esperanza, de la caridad, esa que es la más grande de todas, forman parte de la buena mezcla.

Cuando se nos llama a recordar que “el amor es más fuerte”, que un día no olvidemos conmovió al edificio y a sus habitantes, esa es la invitación a incursionar en lo que podemos declarar la más poderosa y elevada fundación de las relaciones humanas y sociales. La que cuando se percibe en su sutileza y su profundidad, entonces permite hacer que los muros del palacio de la unidad como pueblo permanezcan sólidos y en permanente desarrollo. El dar espacio al odio y a toda forma de violencia, entonces es iniciar la demolición de las bases de sustentación de una nación.

Me parece que una cultura del diálogo inscrita de verdad y sin espacio a la instrumentalización de la contraparte asegura que las dilataciones del edificio, que los embates de los vientos y de las tempestades, no dañan la estructura. Entonces defendamos la palabra como el único método humano y civilizado. Digámoslo y ayudemos a que quede inscrita como parte del orgullo de ser chileno.

También lo es la participación de los ciudadanos, cuando ella es generosa, es delicada, es confiada y acepta la existencia de los otros como legítimos actores y que valora a los otros y valora a la sociedad democrática. La participación

es distorsionada cuando la entendemos como “verdadera” sólo en la medida que el otro hace mi parecer o más aún hace el parecer del que presiona sin límite de métodos y que “alcanza” entonces la participación en la medida que ella le sirve y que es aceptable a su objetivo. Para ser justo uno debiera siempre conjugar en primera persona y reflexionar cuando digo: “yo participo sólo si tú haces lo que yo espero que creo que es justo” o “si tu no haces lo que yo quiero, entonces siento que no participo”. Ahora el mundo es más complejo, como lo sabemos, especialmente por la fama efímera que se afirma en la palabra fácil y que pone en riesgo las decisiones de envergadura que tiene que ver con el bien común.

Finalmente ¿que pasa con nosotros que somos miembros de la comunidad política? Miramos en silencioso acuerdo a aquellos que dicen lo que nosotros quisiéramos decir y lo hacemos desde lejos y con mucho desapego. Por eso la doctrina dice “es de alabar la conducta de las naciones en las que la mayor parte posible de los ciudadanos participa con verdadera libertad en la vida pública”.

En este mismo lugar, un gran chileno, gran intelectual, aquí un día de marzo no lejano inaugurando el año académico, dijo que “ser hombre no solo es exigir derechos, sino aceptar que hay deberes ineludibles”.